

IMPERIALISMO

Iñaki Aginaga

DINAMICA

Pero, como todo en el mundo, el imperialismo se mueve. La dinámica del imperialismo se desarrolla según ciclos políticos e ideológicos que corresponden a la permanencia y la evolución de la relación de fuerzas. La agresión, la guerra, la ocupación militar, la revolución, el terrorismo, la violencia monopolista institucional y sus efectos inmediatos, modifican brutalmente el orden político, estableciendo el régimen totalitario de dominación-indefensión que el nacionalismo imperialista necesita.

El imperialismo se desarrolla según ciclos políticos e ideológicos que corresponden a la permanencia y la evolución de la relación de fuerzas. La agresión, la guerra, la ocupación militar, la “revolución”, el terrorismo, la violencia monopolista institucional y sus efectos inmediatos, modifican brutalmente el orden político, estableciendo el régimen totalitario de dominación-indefensión que el nacionalismo imperialista necesita.

A las fases de ruptura y ofensiva, de guerra y terror sin ley, eliminada toda oposición política efectiva, siguen, a través de los tiempos y al abrigo del monopolio de la violencia, fases “de derecho, ordenadas y pacíficas” para la explotación, la verificación y la consolidación de los resultados adquiridos mediante formas más adaptadas y resistentes de estabilización y explotación del poder. Como el predador, asegurada su presa, espera que se agote en esfuerzos vanos antes de sucumbir, el imperialismo en el poder espera la destrucción del adversario en un tiempo que juega a favor del agresor. Lo que determina la ley de mármol que establece los límites estratégicos infranqueables de eventuales reformas y concesiones, excluyendo toda “devolución” o redistribución del poder político que la guerra, la represión y el terror consiguieron monopolizar.

“Todo imperio perecerá”. Los imperios se deshacen, obligados a abandonar su dominación sobre los pueblos que subyugaron por la violencia y el terror y que recuperan, uno tras otro, su independencia nacional, no sólo en continentes diversos y lejanos sino en la pequeña península europea del continente asiático. El significativo retorno de las naciones europeas a sus territorios históricos geopolíticamente condicionados y constituidos manifiesta, en simple y cartográfica perspectiva, la anómala, extravagante y extemporánea condición de los residuales imperios del extremo occidente europeo.

En su búsqueda sin alternativa de la solución final, los "grandes" Estados genocidas tendrán que realizar nuevos esfuerzos y nuevos crímenes antes de terminar de una vez por todas con la especie maldita de los pueblos libres sobre el planeta Tierra. Contra las ilusiones que los monopolios de propaganda imperialista difunden, el conflicto político entre “el nacionalismo ofensivo de la nación que oprime y el nacionalismo defensivo de la nación oprimida” sólo tiene dos soluciones posibles. Por un lado, la solución final, la completa liquidación de los pueblos y los Estados que han tenido la desgracia de perder la libertad bajo la dominación alienígena. Por otro, el fin del imperialismo, la independencia nacional, la afirmación teórica, práctica y no falsificada del derecho fundamental inherente de libertad, libre disposición o autodeterminación de todos los pueblos. No hay tercera vía.

Un pueblo subyugado alcanza más pronto o más tarde la independencia, *a menos* que lo liquiden antes, en cuyo caso no puede ya alcanzar nada. Sólo hay un modo de impedir la marcha a la libertad y terminar con la resistencia política de los pueblos, y las naciones

dominantes lo saben: acabar cuanto antes con los pueblos mismos por todos los medios. El exterminio, la deportación, la colonización son los más directos, rápidos, completos y seguros. “Donde el conquistador tiene la posibilidad y la voluntad de acometer la destrucción del pueblo subyugado, las conquistas no son fatalmente vanas.”

Las modificaciones y adaptaciones formales de un régimen de dominación política sirven a su conservación y refuerzo. No ceder una pulgada del poder político real es el objetivo que las constituye. Los monopolios de violencia y Terror de masas imponen la ley de mármol, o de acero, que fija los límites estratégicos infranqueables de eventuales reformas, adaptaciones y concesiones, excluyendo toda “devolución” o redistribución del poder político que la guerra, la represión y el terror consiguieron establecer.

El nacionalismo imperialista tiende naturalmente al nacionalismo y el imperialismo *absolutos*, al monopolio la dominación y la eliminación de toda alteridad nacional. El imperialismo “absoluto” no tiene por fin la simple subyugación relativa, temporal o permanente, la dominación cultural o económica, la expoliación o la explotación de los pueblos agredidos y ocupados, sino su liquidación como pueblos, su sustitución nacional, racial, lingüística y cultural por el invasor. La destrucción de los demás es su objetivo inmanente y consecuente. Lo que implica un conflicto irreductible, que hace imposibles e ilusorios todo compromiso y toda transacción que le den término. El que todavía no se ha enterado de eso no sabe ni quiere saber con quién se juega los cuartos.

Si quiere perpetuar su dominación, evitando la emancipación a plazo de los pueblos y los Estados subyugados, el imperialismo está abocado a convertirse en absoluto. El Estado dominante debe aprovechar la ventaja efectiva, pero limitada, que le da su dominación militar y administrativa para cambiar la *base* social del país ocupado. No son la ocupación y la anexión, son el exterminio, la deportación, la colonización, la exclusión y la asimilación, conjunta o sucesivamente aplicados, los que consolidan los imperios. La elección estratégica de los medios depende de las condiciones y los factores de dominación, geografía, demografía, economía, política, cultura e ideología, momento, situación y contexto internacional.

Donde el imperialismo y el colonialismo persiguen fines limitados de sujeción, explotación o pillaje, una situación originaria de conflicto imperialista limitado puede llegar a término de caducidad, o convertirse en conflicto absoluto por transformación de medios y fines, exorbitantes del conflicto “relativo”. La estrategia de liquidación, la destrucción, el genocidio, surgen en este caso como medio de consolidar una dominación previamente establecida, costosa, inestable o precaria.

La carrera por la libertad o la destrucción de los pueblos ha entrado ya en la recta final, porque el espacio se agota, el tiempo se acaba, los plazos se cumplen.

El fascismo es hoy la forma terminal, acabada, necesaria e inevitable del nacionalismo imperialista, porque la empresa sistemática de subyugación y liquidación de Estados, pueblos y naciones, que se pretende absoluta, total y final, no puede ya proseguir sin el recurso a las

formas totalitarias más “perfeccionadas” de represión y condicionamiento ideológico de masas.

Contra las ilusiones que los monopolios de propaganda difunden, el conflicto político entre “el nacionalismo ofensivo de la nación que oprime y el nacionalismo defensivo de la nación oprimida” sólo tiene dos soluciones posibles. Por un lado, la solución final, la completa liquidación de los pueblos y los Estados que han tenido la desgracia de perder la libertad bajo la dominación alienígena. Por otro, el fin del imperialismo, la independencia nacional, la afirmación teórica, práctica y no falsificada del derecho fundamental inherente de libertad, libre disposición o autodeterminación de todos los pueblos.

Un pueblo que no puede o no quiere resistir a la agresión y la dominación alienígenas está condenado a ser liquidado inmediatamente o tras un período cada vez más corto de opresión y humillación bajo el monopolio de la violencia resultante de la guerra y la ocupación. Como el predador, asegurada su presa, espera que se agote en esfuerzos vanos antes de sucumbir, el imperialismo en el poder espera la destrucción del adversario en un tiempo que juega a favor del agresor. Libertad o muerte es la única alternativa real que se presenta a los pueblos subyugados.

La historia del imperialismo es una larga historia criminal de ignorancia y desprecio de los demás pueblos, de creencia permanente en la propia superioridad racial, cultural y lingüística. Para sus agentes y beneficiarios, los pueblos conquistados no valen nada, son desechos incapaces de civilización y desarrollo social, económico, político y cultural. Deben ser sometidos, gobernados, despojados, exterminados, asimilados y, finalmente, desaparecer cuanto antes en beneficio de las razas, las lenguas, las culturas, los pueblos superiores, de los mismos pueblos inferiores y de toda la humanidad. El universalismo imperialista es el nacionalismo a escala mundial.

Para el nacionalismo xenófobo, racista e imperialista que constituye el imperialismo sobre los pueblos, la simple existencia de éstos es un dato política e ideológicamente insoportable. La propaganda dominante niega ya de antemano la existencia de los pueblos y los Estados que trata de suprimir, dando por hecho el resultado que pretende alcanzar. Su misma existencia es existencia maldita, que se empieza por negar en idea como existencia, para mejor destruirla en la práctica. El imperialismo acelera de este modo el proceso de liquidación y evita toda cuestión de derechos, pues lo que no existe no tiene derechos. No tiene siquiera relaciones sociales, pues lo que no existe no se puede relacionar y lo que no está en relación no puede existir. Según ellos, fuera de una ínfima minoría perversa, violenta y manipulada, las larvas, abortos o residuos de los pueblos subyugados aceptan, piden, exigen y, finalmente, imponen su propia liquidación.

La historia comparada muestra la diversidad evolutiva de los imperialismos, pero confirma que el imperialismo no retrocede nunca de forma voluntaria, espontánea, racional o razonable, su remisión o limitación sólo se da cuando encuentra resistencias que no puede superar. Solidaridad, resolución y unión sagrada del nacionalismo imperialista solamente ceden o se debilitan ante el coste creciente o exorbitante del conflicto con la resistencia.

El colonialismo es el imperialismo de población. Una constatación invariable muestra que donde una población colonial alcanza proporciones relativamente importantes, no solo destruye la base sociológica del pueblo originariamente o previamente ocupante, sino que su mayor parte pretende rápidamente a la dominación política, erigiéndose en dueña y señora del territorio ocupado, si cuenta con el suficiente apoyo local y metropolitano para la degradación, la expulsión, o el exterminio de la población primitiva.

Pero la apisonadora totalitaria no es tan rápidamente eficaz como se quisiera, las cosas llevan tiempo y el imperialismo descubre, cada vez con mayor claridad, que la resistencia política de la nación ocupada no es cuestión de moda, coyuntura o corriente de superficie, sino expresión inseparable de la existencia misma de una nación agredida y ocupada. La indignación y el furor de políticos e ideólogos no tienen entonces límites, pierden sus ilusiones, se sorprenden y escandalizan de las contradicciones y disfunciones, las muestras de "desafección", las manifestaciones de repulsa que la opresión, el terrorismo y la represión han originado. A las prospectivas y balances voluntaristas, optimistas y triunfalistas sucede la sorprendida y exasperada frustración que la constatación de insuficiencia eventual o relativa provoca, relanzando el ciclo al alza, en la busca, cada vez más exigente y urgente, de la solución final. A veces, una brusca o progresiva constatación de insuficiencia, un brote espontáneo o reflejo de inseguridad o impaciencia son suficientes para que el desprecio y la arrogancia del conquistador dejen paso al odio del ocupante. Se abre entonces un nuevo ciclo imperialista de decepción, exasperación, furor xenófobo, que desembocan en la nueva ofensiva llamada a acelerar o precipitar la solución final.

Los pueblos todavía subyugados por la dominación imperialista son política e ideológicamente pequeños y débiles. Salvo el caso de particulares o más amplias constelaciones estratégicas, la *resistencia* al imperialismo, el colonialismo y el fascismo es la lucha desigual contra un enemigo que dispone de medios de violencia, terrorismo, propaganda, muy superiores, de recursos demográficos y económicos incomparablemente mayores, de amplias complicidades internacionales. En un mundo ordenado o desordenado por la violencia y la relación de fuerzas, que es el único que hay, la simple consideración geopolítica, – “el espacio, el número, los recursos”, - pone de manifiesto que la lucha por la libertad nacional frente a los grandes Estados no tiene en principio ninguna posibilidad de éxito. Los numerosos pueblos de toda condición y dimensión que han alcanzado la independencia contra la dominación imperialista lo han hecho casi siempre con el apoyo, la protección, el padrinazgo, más o menos estables, permanentes o circunstanciales, de una potencia relativamente grande, o aprovechando los conflictos que enfrentan, equilibran o neutralizan a las grandes potencias entre ellas. La protección de una grande o media potencia aparece en muchos casos como la única vía o esperanza de salvación, la “independencia protegida” se configura en protectorado formal o real.

La hostilidad general de los Estados y *los pueblos* “libres” a todo pueblo oprimido que lucha por la libertad no es solamente resultado del egoísmo, el interés nacionalista o el instinto de dominación imperialista y colonial. Las ideas y las imágenes abstractas, los prejuicios y los mapas murales vehiculan desde la primera infancia el adoctrinamiento administrativo que potencia la ignorancia y el desprecio de los demás pueblos. La indiferencia y la perezosa

resistencia de intelectuales, políticos o simples turistas a toda salida del entorno mentalmente inerte, previsible y confortable así construido, refuerza en particular la irritada repulsa hacia los pequeños pueblos, “que lo hacen todo tan complicado”. Los pueblos que no tienen su propio reconocido Estado no existen para la “comunidad internacional” de los Estados dominantes, son impostores, débiles mentales o delincuentes. “Un pueblo que no tiene todavía su Estado, no merece que perdamos el tiempo hablando de él.” Lo único decente que pueden hacer es desaparecer, para no complicarle las cosas a Engels o hacer perder el tiempo a Hegel, a estas alturas de la historia.

En una sociedad de yuxtaposición nacional y estatal, la solidaridad en la lucha internacional contra el imperialismo no existe. Todo poder político, incluso reducido, reciente o incipiente, busca la alianza con los poderosos y desprecia a los débiles. Si la solidaridad, la comprensión o el reconocimiento de los opresores es un vano e inepto sueño, la solidaridad de los pobres, los oprimidos y los colonizados es un cuento romántico para engañar y exprimir a los eternos ilusos. Los pueblos, libres o subyugados, se ocupan de sí mismos y de sus propios asuntos e intereses, poco les importa que sea a costa de los demás, cuya opresión les tiene sin cuidado.

Los pueblos oprimidos prefieren siempre la compañía de los poderosos, por dudosa o denigrante que sea, a la simpatía de los otros pueblos que padecen la dominación alienígena, sin perjuicio de obtener o esperar de éstos las aportaciones accesorias que puedan. Siempre en la medida en que no perjudiquen sus relaciones preferenciales con aquellos, a cuyas más leves muestras de agrado y desagrado sacrifican de inmediato sus afinidades precarias y retóricas con los pueblos que luchan por la libertad. Los débiles buscan y esperan más del duro que del desnudo, sobre todo en política internacional.

Los pueblos oprimidos, que para debilidad bastante tienen con la suya, buscan la protección de los más fuertes y evitan como la peste la temible y denigrante compañía de los más débiles. Apenas liberados, e incluso antes, no sienten necesidad más acuciante que la homologación con las potencias imperialistas y la profiláctica y desdeñosa distanciaci3n de los piojosos pueblos restantes, que tienen la inaudita pretensi3n de ser tan libres e iguales como ellos y titulares del mismo derecho de autodeterminaci3n de todos los pueblos.

La solidaridad internacional entre los pueblos no debe confundirse con una indigna, humillante y estéril prestaci3n unilateral, un reconocimiento a sentido único, una transferencia que permite ocultar la incapacidad para la defensa de la propia libertad y, por tanto, de la libertad de los demás. La libertad de todos empieza por la libertad de uno mismo.

Para un pueblo oprimido, toda alianza internacional, con los fuertes o con los débiles, es circunstancial, provisional y precaria, debe transformarse de urgencia en refuerzo del propio núcleo estratégico, antes de que sea demasiado tarde, y es tarde casi siempre. De otro modo, ni las “alianzas” ni los esfuerzos y sacrificios consentidos en el orden interno en funci3n de aquéllas sirven para nada, porque las vías muertas no llevan a ninguna parte. No hay posibilidad de alianza o negociaci3n sino fundada en los propios recursos y alternativa autónoma. Las alianzas no pueden paliar a la propia debilidad política, sólo la fuerza y la determinaci3n propias permiten las alianzas. Si un pueblo no las tiene o las obtiene por sí mismo, nadie lo hará por él. Para un pueblo oprimido, toda alianza internacional, con los

fuertes o con los débiles, es circunstancial, volátil, provisional y precaria, debe transformarse de urgencia en refuerzo del propio núcleo estratégico, antes de que sea demasiado tarde, y es tarde casi siempre.

No hay posibilidad de alianza o negociación sino fundada en los propios recursos y alternativa autónoma. Las alianzas no pueden paliar a la propia debilidad política, sólo la fuerza y la determinación propias permiten las alianzas. Si un pueblo no las tiene o las obtiene por sí mismo, nadie lo hará por él.

“Paradójicamente”, esta permanente relación de fuerzas no ha cesado de *empeorar* como consecuencia de las grandes olas de decolonización, que han dejado bolsas de imperialismo en putrefacción que envenenan todos los días el nuevo orden o desorden internacional, producto de la integración del imperialismo en un sistema planetario de dominación. Cada ola de liberación de los pueblos lleva consigo la correspondiente resaca. Conlleva, por un lado, el desarrollo de un imperialismo adaptado, mutante y resistente a la peste de la libertad de los pueblos. Por otro, el debilitamiento perverso del movimiento de liberación a consecuencia de sus propios logros, con el traslado consiguiente e inmediato de los nuevos Estados "independientes" al concurrido campo del imperialismo y el totalitarismo. La condición, el objetivo y el resultado básicos son la negación, la sumisión y la destrucción mancomunadas de las naciones y Estados más débiles de la pretendida comunidad internacional.

Los pueblos que no construyen, preservan o restauran su propio Estado no existen para la “comunidad internacional” de los Estados dominantes, son impostores, débiles mentales, delincuentes nacionales e internacionales. Una nación que no se reconoce a sí misma en su propia sociología y su propia historia, mal puede aspirar a la consideración o el reconocimiento de las demás. No lo obtendrá nunca de las “grandes” naciones, menos todavía de otras tan débiles como ella. Es juguete y víctima segura de sus predadores, a los que ni siquiera conoce ni reconoce como tales, más fuertes, mejor armados y bien determinados, por su parte, a acabar con ella.

Para los pequeños pueblos subyugados, la victoria por desarme o destrucción del enemigo es imposible, sólo se puede evitar la derrota mediante la resistencia para impedir la propia destrucción. Sólo hay un medio para ellos de escapar a su funesto destino, las naciones dominantes lo saben, las dominadas no siempre lo saben o quieren saberlo: la realización general de los recursos de la base social en una política coherente de resistencia y liberación nacional, la construcción o la restauración de sus propias instituciones estatales. Institucionalización e implementación estratégicas son la única alternativa posible a la sumisión y el genocidio. Las eventuales ventajas compensatorias que los pueblos pueden utilizar provienen de la asimetría estructural del sistema imperialista de dominación. Remiten a los factores “morales” de los conflictos: motivación y convicción, determinación y resolución, lucidez en la apreciación del terreno y de las fuerzas en presencia, intuición de las situaciones, capacidad de iniciativa, decisión, anticipación, reacción y adaptación. Son las cartas con que debe contar, cuenta, o no cuenta, la resistencia nacional frente al imperialismo, el colonialismo y el fascismo internacional.

En el mundo en que vivimos no hay trucos, atajos ni rodeos que permitan hacer la economía de una línea política acorde con la realidad de las fuerzas en presencia. Su conservación o modificación, en beneficio propio y en perjuicio del adversario, son el objeto de la actividad política. La estrategia implica una estructura constituyente de fines y medios. Todo grupo social se realiza como agente en esta dimensión o sufre un proceso ineludible de liquidación generalizada. Las opciones tácticas, que sólo en el planteamiento estratégico existen, desaparecen con la ruina de éste. Sin estrategia no hay táctica. El pueblo que carece de estrategia propia hace necesariamente la de los demás. Quien renuncia al imperativo estratégico como base de comportamiento, adopta la estrategia y hace la política del fascismo y del imperialismo.

Sólo la modificación estratégica de la relación de fuerzas constituye la realidad del progreso político. Bajo el monopolio de violencia resultante de la guerra y la ocupación, un pueblo que no es capaz de afrontar moral y materialmente la realidad del imperialismo ha elegido ya la sumisión, fase primera de su liquidación. Un pueblo carente de vitalidad, que no puede o no quiere resistir a la agresión y la dominación alienígenas, está condenado a ser liquidado de inmediato o tras un período más o menos prolongado de opresión y humillación. Su misma existencia es existencia maldita, que la propaganda dominante empieza por negar en idea como tal existencia, para mejor destruirla en la práctica.

Las naciones sólo se movilizan para fines que lo merecen. Los fines *constituyen* los medios. La profundidad de los fines condiciona y produce la extensión de los medios. La independencia es un fin que encuentra dificultades naturales de agregación en las condiciones de la ocupación imperialista y colonial, pero su abandono lleva a la liquidación de la política y la ideología democráticas.

En perspectiva de la evolución globalizada, la diversidad, el desarrollo biológico, económico y cultural de la especie humana, podría pensarse que la xenofobia fundamental que constituye el nacionalismo imperialista podría sustituirse, con ventaja para todos, por la xenofilia y el internacionalismo, siendo la libertad y la diversidad de cada persona y cada nación factor y no obstáculo de la seguridad, la creatividad y el desarrollo de las demás. Al margen de toda consideración de orden moral, humanista o internacionalista, fuera de lugar a la vista del ganado humano con que se practica, podría pensarse que, en función simplemente de la más egoísta, estrecha y utilitaria visión del “interés nacional”, a partir de un nivel discernible de capacitación económica, política y cultural, sería más útil, barato, productivo, rentable, gratificante e interesante para las naciones dominantes dedicar recursos y esfuerzos a su propio desarrollo, inseparable de la democratización real interna y externa, que amargarse, si no arruinarse, la existencia negando y destruyendo la del prójimo. La moderna experiencia comparada ha demostrado que su propia libertad, su dignidad, su identidad y su bienestar salen ganando con la libertad de todos los pueblos, y perdiendo con la descomposición inevitable del sistema de opresión imperialista, colonialista y fascista. En el estado presente de su desarrollo social, económico y cultural, el abandono de las conquistas que la violencia y el terrorismo de masas les han proporcionado sería también para ellos factor inédito y decisivo de libertad, democracia, relaciones interiores y exteriores estables y pacíficas, bienestar y progreso económico y cultural, reconciliación y reintegración de su verdadera

identidad y su conciencia nacional e histórica culpable, enferma y desgraciada, restablecimiento de su dignidad humana, porque el imperialismo, la agresión, la violencia y el terror degradan la nación dominante junto con la dominada.

No queda hoy, sin embargo, teórico o ideólogo lo bastante iluso como para tratar de persuadir de ello a los protagonistas de los incesantes conflictos que amenazan y deshacen la paz y la libertad de la "comunidad" internacional. Intentarlo, sería tanto como creer de buena fe en el carácter racional o razonable de las relaciones internacionales, ignorar la dimensión primaria, instintiva, arcaica o irracional, afectiva y pasional, pero históricamente consolidada y desarrollada, de las grandes empresas de agresión y depredación, olvidar la realidad, constitutiva e irremediablemente conflictiva, de la sociedad internacional, que el "estadio supremo del capitalismo" no ha hecho sino agudizar, potenciar y poner en evidencia.

Si los pueblos no son racionales, y raramente razonables, las castas militares y burocráticas que ejercen el poder real no lo son casi nunca, sino en la medida en que la reflexión es compatible con el instinto de agresión, la afectividad y la pasión nacionalistas. El "interés nacional" tiene versiones y motivaciones propias, que la razón desconoce. Mientras el imperialismo y el colonialismo aparecen como beneficiarios y triunfadores, encuentran el apoyo de toda la nación dominante. Las raras excepciones son individuales. Las consecuencias las pagan todos, incluidos los pueblos predadores.

Si hay pueblos y Estados que obedecen en parte a un sentido utilitario o práctico del interés nacional y de la dominación internacional y pueden, por prudencia, sentido o cálculo políticos, abandonar territorios y pueblos que obtuvieron y sometieron por la violencia, pero que superan su capacidad de gestión, ingestión y digestión, otros son radicalmente incapaces de ello, mientras no han agotado hasta el último extremo los recursos de violencia de que disponen. Son especialistas para los que la liquidación de los demás es empresa permanente, prioritaria, irrenunciable, hasta comprometer con ella sus propios bienestar, libertad y existencia. Su insaciable apetito de dominación sobre pueblos y tierras obedece a instintos y pulsiones predatorias consolidados y potenciados por muchos siglos de despotismo interno y externo, y desborda consideraciones utilitarias o racionales. Tratándose de ellos, el imperialismo es siempre absoluto.

El nacionalismo imperialista es causa y efecto del régimen interno del país dominante. La "nación" y el Estado únicos por destrucción de los demás es, en razonable consideración, un siniestro avatar para el propio pueblo dominante, causa concomitante de su propio subdesarrollo político. "Un pueblo que oprime a otro no puede ser libre". Es el precio a pagar por "la gloria y la grandeza" de los "nacionalismos universales" y sus imperios, por residuales que sean. El envenenamiento de la propia política interna por el imperialismo se manifiesta en todas las épocas, hasta el putrefacto presente que padecemos. La incapacidad para aceptar el derecho de libertad de todos los pueblos, sus incesantes guerras de conquista, depredación y exterminio, han condenado a los mismos pueblos opresores, aparentemente con gusto, a también incesantes formas despóticas, asiáticas, absolutistas o burocrático-militares de gobierno. El progreso o la consolidación de la libertad y la democracia internas es relativa consecuencia de la decolonización en Europa, Africa o Asia. En los imperios

Europeos o ultramarinos se templaban los sables, se curtían los generales y los ejércitos coloniales que iban luego a someter sus propias metrópolis.

El nacionalismo imperialista y colonial “de izquierda”, en sus diversas formas pletóricas como residuales, no cede en nada al nacionalismo de la derecha tradicional. Bien al contrario, depende de él, lo complementa, informa, encubre, estimula, desarrolla, encona, refuerza, adapta y moderniza, le procura justificación y legitimidad ideológicas, integra su quinta columna, infiltra, provoca y debilita la resistencia. Sus maniobras en la “oposición” se corresponden con la ultranza de la represión cuando disponen de ella. Desaparecidos de la realidad ideológica y política el liberalismo, el anarquismo, el socialismo y el comunismo, productos transitorios del optimismo histórico, quedan dueños del campo el fascismo, el nacionalismo y el imperialismo, que han recuperado, asimilado y, finalmente, reinventado a sus antiguos adversarios. El nacionalismo, como la corrupción, son más bien “valores de izquierda” que de derecha. El fascismo y el nacionalsocialismo, que han desplazado, renovado y transformado la derecha arcaica, despótica, militar y plutocrática, nació de los partidos y sindicatos de la “izquierda” nacionalista, luego derrotados, reinventados, colonizados, impuestos, financiados por los servicios oficiales o secretos de las potencias dominantes, incorporados, encuadrados o sustituidos por los advenedizos de la reacción triunfante, que han recuperado hasta sus descoloradas etiquetas a fines de reclamo y publicidad. En los territorios ocupados y colonizados ha sido, desde su origen, un instrumento de lucha política e ideológica contra la libertad de los pueblos, con el apoyo ciego o deliberado de los colaboracionistas y cómplices autóctonos. El “dualismo” lucha de clases-lucha nacional, arma ideológica predilecta del social-imperialismo tradicional contó, mientras duró, con la colaboración y la complicidad sin fallas de los servicios auxiliares indígenas de colaboracionistas y cómplices que, por su parte lo han proclamado siempre, aún después del abandono oficial de la lucha de clases interna por el social-imperialismo. Nada van a cambiar nada los nacional-socialistas o social-imperialistas que han remplazado la lucha de clases por el fascismo, la retórica marxista por las citas de Primo de Rivera y las invocaciones teológicas. Con la desaparición o el abandono de la lucha de clases interna, se fortifican la lucha de clases internacional, la solidaridad y la resolución del nacionalismo imperialista, la unión nacional sagrada. Ningún país o Estado libre reconoce ni acepta la institucionalización y la actuación de organizaciones políticas alienígenas en su territorio, apoyados en la capa ultranacionalista la más motivada, exigente y agresiva del régimen imperialista de ocupación, naturalmente implantada entre los renegados y los colonos. De otro modo no habría pueblos, ni Estados, ni libertad ni derecho de autodeterminación.

Con la desaparición o el abandono de la lucha de clases interna, se fortifican la lucha de clases internacional, la solidaridad y la resolución del nacionalismo imperialista, la unión nacional sagrada. Desaparecidos de la realidad ideológica y política el liberalismo, el anarquismo, el socialismo y el comunismo, productos transitorios del optimismo histórico, quedan dueños del campo el fascismo, el nacionalismo y el imperialismo, que han recuperado, asimilado y reinventado sin dificultad a sus antiguos adversarios.

Con la remodelación de la derecha y el fascismo tradicionales se fortifican la lucha de clases internacional, la unión nacional sagrada, la solidaridad y la resolución del nacionalismo

imperialista. Social-imperialistas, nacional-socialistas, liberales y comunistas nacionales etc aparecen y se manifiestan cada vez más abiertamente como nacionalistas a secas y, de hecho, no son otra cosa. Sólo subsisten porque la derecha tradicional necesita de ellos como complemento político e ideológico para hacer el trabajo sucio que no puede hacer por sí misma. Encuentran así satisfacción moral y compensación material prófugos, despojos y travestis del transformismo revolucionario. La facilidad y velocidad con que los más radicales adversarios autoproclamados de los gobiernos despóticos tradicionales, de la aristocracia y del nacionalismo burgués de los demás se convierten al nacionalismo oficial y el fascismo, arrojan luz retrospectiva y prospectiva reveladora sobre la realidad y el fondo de sus actividades presentes y pasadas. Tan evidente es su inexistencia como oposición que ni siquiera aciertan a definir la fachada publicitaria que les permita seguir guardando las apariencias.

El fascismo y el imperialismo se construyen para no dejar caminos a más oposición y más resistencia que las que ellos mismos fabrican. El despotismo y el imperialismo primitivos imponían su poder político reprimiendo la oposición. El fascismo y el imperialismo actuales la fabrican, recuperan, condicionan, provocan, corrompen, financian, y dirigen según conviene a su propia dominación, lo que permite desvirtuar eventuales excesos, reducidos a nivel infraestratégico. Los partidos de la “oposición” oficial al poder establecido son productos, imitaciones, falsificaciones, marionetas de los servicios secretos de intoxicación y espionaje del imperialismo, que informan, fomentan, organizan, financian y alimentan la represión contra los pueblos. Su “estrategia” está, en realidad, dictada directa o inmediatamente por el poder establecido.

En el panorama político occidental, la extrema derecha ha desaparecido como tal, es más que nada el accesorio ideológico que referencia y acredita la moderación centrista de la única derecha real. La izquierda tampoco existe de otro modo que como ala izquierda de la derecha. El “bipartidismo” tradicional es vehículo de intereses y tácticas no contradictorios sino complementarios, secundarios o circunstanciales. Planteamiento estratégico y objetivo final son los mismos. La alternancia administrativa es justa compensación que abre camino y acceso a las prebendas del poder político y a la corrupción institucionalizada, que ha sido siempre terreno naturalmente privilegiado, aunque no exclusivo, de las izquierdas tradicionales y se amplifica con su vuelta a los negocios tras la restauración.

La más absoluta falta de vergüenza no es privilegio de la derecha tradicional, más bien es destacada prenda de la “izquierda socialista y comunista”. Los partidos comunistas han usado y exaltado la violencia y el terrorismo a ultranza, que han causado, entre otras cosas, cien millones de muertos, para sumarse finalmente a la violencia y el terrorismo institucionales del fascismo nacionalista en el poder. Pero el partido comunista español expulsa ahora “a los que no condenan a los que no condenan la violencia”, y “el Partido comunista francés pone empeño en reafirmar su oposición a toda forma de violencia y de terrorismo.”

Abandonadas referencias y diferencias tradicionales, no queda otra salida a sus postulados o postulantes herederos que reconvertirse e incorporarse plenamente al poder establecido, sin el cual no pueden subsistir, mostrándose más capaces, fiables, eficaces y celosos en servir sus intereses que los propios agentes de la derecha oficial. Como comparsa y tapadera, servil,

vergonzante, sumisa, hipócrita y corrompida, realizan así el trabajo delegado, particularmente sucio y deshonesto, que aquélla no puede hacer o prefiere no hacer abiertamente por sí misma.

<Que colaboracionistas y cómplices indígenas olviden los crímenes masivos y multiseculares contra su país de origen y pidan perdón, enaltezcan, compensen y recompensen con dinero público a sus autores, demuestra el grado de sumisa abyección a que se puede llegar por el camino que han elegido.>

La idea de violencia se identifica ahora parcial o totalmente con la de terrorismo, que se percibe como una forma de superviolencia particularmente siniestra y catastrófica. Una carga afectiva y emocional suplementaria aumenta así la irracionalidad, la confusión, la distorsión y la mistificación ideológicas.

Con el fin del comunismo como mal absoluto, cardinal, enemigo supremo y fuente de todos los conflictos, eje del mal y de las luchas internacionales, la permanente competición entre los Estados y los pueblos necesitaba un nuevo adversario de parecida o superior entidad. Los Estados imperialistas y fascistas han tenido que inventarse una nueva metafísica y un nuevo eje del mal para justificar sus crímenes. El nuevo “terrorismo”, informe, multiforme y proteiforme, iba a cubrir esta necesidad por encima de todas las previsiones.

Bien entendido, la guerra fría, su postguerra y el nuevo orden hegemónico no han inventado el terrorismo. El terrorismo, la tortura, las formas de violencia más feroces, refinadas o reprobables, “los tratamientos crueles, degradantes, inhumanos y contranatura” son, en realidad, parte integrante de la naturaleza humana. No son tanto efecto de la barbarie como de la civilización y del desarrollo incontrolable del Estado. Son inherentes a la guerra y el gobierno a partir de un grado suficiente de contradicción entre los contendientes. Lejos de ser gratuitos o inútiles, la eficacia del terror está fuera de duda.

“La crueldad fría, calculada y que constituye un método” “paraliza los espíritus en el sentimiento de una fatalidad.” Es complementaria de “la perfidia fría, de la propaganda más hipócrita, empleadas simultánea o alternativamente”, “del arte de descomponer bajo el terror el alma misma de los adversarios o de adormecerlos por la esperanza”, “del hábil manejo de la más grosera mentira”.

En el mundo al revés de la nueva ideología, los Estados, constituidos por el monopolio de la violencia, y los imperios, establecidos y conservados por la guerra, la conquista, la ocupación, la represión y el terrorismo, a costa de ríos de sangre y montañas de cadáveres, del genocidio continental y transcontinental de pueblos y civilizaciones, de todos los derechos humanos fundamentales, que disponen de las fuerzas armadas permanentes del monopolio de Estado, equipadas de armas mortíferas de destrucción selectiva o masiva que entran en juego a la más mínima infracción, adoptan las actitudes y recuperan la máscara, las manos limpias y los guantes blancos de víctimas inmaculadas, inofensivas, inocentes, pacíficas, no-violentas, privadas de sus derechos y su libertad, se pretenden a la vez “demócratas y defensores de los derechos humanos, contrarios a toda violencia venga de donde venga, adeptos del valor absoluto y supremo de la vida humana y de una sola gota de

sangre, el derecho a la vida primero de los derechos humanos, el quinto no matar, nosotros no matamos”. Los que detentan un poder fundado por la violencia y el terror sobre una historia de crímenes de guerra, contra la paz y contra la humanidad, hablan de terrorismo, de derechos y de víctimas, donde si tuvieran vergüenza sólo podrían callar y pedir perdón. Las Iglesias se han pasado la historia (sagrada) excitando, bendiciendo, celebrando, organizando y perpetrando sacrificios, cruzadas, matanzas, conquistas, expolios y genocidios, torturando y quemando vivos a sus disidentes como anticipo inmediato del infierno, honrando y canonizando a los más sanguinarios déspotas, siempre que esperasen de ellos beneficios y no perjuicios para su propio poder directo o indirecto. Los obispos franceses proclaman el derecho y el deber del pueblo y el Estado francés de fabricar y usar “si es necesario” la bomba atómica, proyectada para quemar vivas a cincuenta millones de personas, la mayor parte civiles, pero condenan la violencia, el terrorismo, los atentados individuales y los coctels Molotov de los pobres, oprimidos y desamparados del mundo entero porque fabricar, transportar y poner un artefacto doméstico “es matar”.

Asesinos y verdugos se presentan como servidores de la no-violencia y los derechos humanos, claman su indignación por la persecución que sufren “por el solo hecho de pensar de forma diferente y defender sus ideas en democracia, con la pluma y la palabra, oponiendo la cultura a la violencia”. Pero los agentes del imperialismo no se limitan a “pensar de forma diferente” ni a “defender sus ideas con la pluma, la palabra y la cultura”, como quieren hacer creer, y nadie les persigue por ello. Silencian, encarcelan, destierran, torturan, cuelgan y fusilan desde hace siglos a todo el que no piensa y actúa como ellos. Sin los monopolios de violencia que han establecido por la guerra, la conquista, el terrorismo de masas, la ocupación, la conculcación de todos los derechos humanos fundamentales e históricos, sin los monopolios mediáticos e institucionales de propaganda, sus ideas, sus plumas y sus palabras no son nada. Se imponen en las condiciones que su dominación establece para ellos y para los demás. Así entienden sus partidarios el “derecho de todos a pensar de manera diferente y a defender sus ideas en democracia, con la pluma y la palabra”.

Según la propaganda dominante, ya no hay ejércitos, ni fuerzas armadas, ni tropas de ocupación y coloniales, ni ministerios de la guerra, ni espías, ni acciones de guerra, violencia o terrorismo, solo quedan misioneros, hermanas de la caridad, profesores de humanismo, humanitarismo y democracia, ingerencias humanitarias, protección de la infancia, rescates de rehenes, instalación de hospitales, servicios de salud, lucha (no-violenta) contra el hambre, la malaria y la disentería. Es obvio que, dada la congénita o degenerada perversidad de los nativos, que se oponen desde siempre por la violencia y el terrorismo a que se les aporte los beneficios de la civilización, se hace necesario recurrir a medios de persuasión más eficaces, pero siempre sin violencia. “Pacifistas y pacificadores profesionales no-violentos en misiones de paz, misiones de fortalecimiento de la paz y la seguridad internacionales, misiones de asesoramiento y asistencia en cuestiones militares, actuaciones conjuntas en materia de desarme, misiones civiles y militares puntuales en las que intervienen fuerzas de combate con un armamento muy ligero para la propia defensa y la separación de los contendientes, bombardeos quirúrgicos a cargo de cirujanos-bombarderos, operaciones de prevención, estabilización de conflictos y gestión de crisis, misiones de contribución a la lucha contra el terrorismo, armas disuasivas convencionales y nucleares sólo para asustar pero que no se van

a usar nunca, ministerios de la guerra convertidos en ministerios de la defensa, ejércitos cuyo oficio es la paz”, etc son la demostración del nuevo espíritu de amor, concordia y, ante todo, paz y no-violencia, que anima a la nueva sociedad internacional.

El negacionismo oficial de la violencia de Estado, “la condena de toda violencia, venga de donde venga”, la postulada no violencia de las instituciones, serían un peligro mortal para el propio sistema si sus propios “miembros activos” se creyeran lo que sus ideólogos inventan para que se lo crean los demás, pues su imprudente distribución “para el propio consumo” pondría en peligro el régimen político, y su puesta en práctica implicaría el fin radical e inmediato de la política y el suicidio de los Estados que la realizan. Pero, si sus ideólogos se salen funcionalmente de vereda cuando hace falta, la burocracia, la administración, hasta el último funcionario, saben muy bien dónde están y para qué.

En realidad, el negacionismo no afecta en nada al monopolio de la violencia y el terror de masas ni al monopolio de la propaganda que lo acompaña. En el grupo social ideológicamente dominante, la ideología de la ilusión está siempre subordinada, controlada y tenida a raya por la ideología de la realidad. Su propaganda se reserva a las clases sociales débiles y dominadas, cuya capacidad crítica y espíritu de resistencia desapareció hace mucho tiempo, por efecto de la represión terrorista y el condicionamiento psicológico de masas. Es significativo que los mismos gobernantes y agentes oficiales del régimen totalitario no parecen tener conciencia plena o clara de las funcionales sandeces que profesan a diario a este respecto. Lo que más bien aumenta su rendimiento, pues nadie engaña tan bien a los demás como el que se engaña así mismo.

Podría incluso pensarse que es tarea o misión imposible convencer a nadie de que las fuerzas armadas cuya fuerza bruta ha subyugado a los pueblos y que ejercen, a la vista y a costa de todos, sus constitutivas funciones profesionales de represión y terror, no existen, y el Estado tampoco. Pero, si los monopolios de propaganda se molestan en difundir estas cosas es, sin duda, porque funcionan. Si funcionan es, sin duda, porque la capacidad de información y el sentido racional y crítico de las poblaciones han desaparecido por efecto de la propaganda fascista e imperialista, pasando de la alienación social a la alienación mental. Es una asombrosa demostración de la ilimitada capacidad de embaucamiento de que disponen los monopolios estatales de violencia y propaganda, lavado de cerebro e intoxicación, sobre poblaciones reducidas al estado de zombis telefágicos. Todo ello presenta algunas dificultades y no puede hacerse sin una compleja operación psicológica e ideológica.

Teóricamente, puede establecerse diferentes especies de violencia según los criterios y evaluaciones subjetivos y formales, técnicos, políticos, jurídicos, morales que se quiera, pero ello no altera su identidad genérica como violencia. El genocidio, la agresión, la guerra y la guerrilla, el terrorismo, el bombardeo de poblaciones civiles, el homicidio, el asesinato, la represión, la prisión, la tortura, el secuestro, el encarcelamiento, los rehenes, el rescate, la intimidación, la amenaza, el destierro, la deportación, la exclusión, el tributo, el impuesto, la extorsión, la expoliación, el robo, el pillaje, la delación, la democracia, la seguridad, el equilibrio, la paz, los derechos humanos, las represalias, las ingerencias humanitarias, las guerras y los conflictos “civiles”, la beligerancia, la insurrección, son actos de violencia que material y objetivamente en nada se distinguen o dejan de serlo por los valores, los motivos y

los fines que los mueven, aunque se utilicen con intensidad y extensión natural e incomparablemente mayores por parte de los poderes dominantes. La ideología dominante los esconde, manipula, distingue, atribuye y distribuye de la misma manera, según criterios formales, para ocultar la esencia común de toda violencia.

El poder político ha aplicado una vez más la vieja receta de cambiar y desdoblar los nombres y las ideas para hacer creer que las cosas son diferentes. El fascismo y el imperialismo disimulan la violencia demasiado evidente de los Estados mediante una designación y una idea estrechas y constitutivas que la excluyen. Disponen así de *dos* acepciones y concepciones formalmente contradictorias de la violencia y el terrorismo, lo que no anula ni debilita su arsenal ideológico, sino todo lo contrario. El concepto tradicional se conserva para recuperar plenamente la denotación y la connotación ideológicamente ruinosas de las palabras y las ideas de violencia y terrorismo, su carga primitiva, instintiva, afectiva y emocional repulsiva y negativa. El concepto estrecho, “técnico”, la niega como propia, la canaliza hacia el adversario político.

La teoría de la negación es contradictoria en los términos de la teoría tradicional de la justificación de la violencia “buena, legítima, justa, lícita etc”, la propia, contra la violencia “mala, ilegítima, injusta, ilícita etc”, la de los demás. Lo que no existe no se puede justificar. Si toda violencia es mala, no hay violencia buena, si hay violencia buena, toda violencia no es mala. A la vista de los resultados que el Estado totalitario moderno obtiene sobre la opinión pública, “esta enorme contradicción no le aporta ningún perjuicio”. La violencia buena, la propia, es ahora tan buena que ni siquiera es ni se llama violencia, es tan distinta que no tiene comunidad genérica ni onomástica alguna con la violencia mala, la de los demás, que es la única violencia. Desaparece hasta el nombre que recuerde la violencia de Estado. “En Córcega, el gobierno de la República opondrá a la violencia toda la fuerza del Estado de derecho”. Se da así nombre distinto a esa cosa misteriosa, inseparable de la política, del Estado y del derecho, pero que *no es* violencia. El nombre, la idea y la justificación tradicionales de la violencia de Estado revierten inmediatamente ante inesperados accesos de lucidez en las víctimas indefensas de la propaganda, y vuelven a aparecer cuando lucidez y peligro han pasado.

En la realidad ideológica, las dos ideas contradictorias no están nunca plenamente dissociadas y ausentes, permanecen en estado dominante, latente o recesivo, su función cumulativa, simultánea, reservada, alternativa, sucesiva, confusa y difusa se ejerce sin discontinuidad en la psicología colectiva de la sociedad totalitaria.

Sin la colaboración y la complicidad de los servicios auxiliares locales en funciones en los pueblos subyugados, bajo-productos ideológicos de tan deleznable contenido no podrían alcanzar ni siquiera una mínima parte de sus objetivos. Niegan, disimulan o reducen la realidad de violencia y terrorismo del imperialismo y el fascismo y los efectos que conllevan sobre los pueblos que son sus víctimas. Denuncian actividades derivadas, accesorias, marginales, el poder “atribuido al ejército por la Constitución”, “toda violencia, legalizada o de respuesta”, la violencia, el terror y la tortura *en* las cárceles y *en* las comisarías, los “excesos y estados de excepción”, reconociendo así como no-violento, democrático y legítimo el régimen *normal* de dominación y represión. (Los gobiernos declaran el estado de

excepción para escapar a las deficiencias represivas del orden político normal. Colaboracionistas y cómplices “denuncian” el estado de excepción, incluso cuando no existe, validando y reivindicando el orden “normal”, que reconocen como legítimo y democrático.) No se trata, o no se trata solo, de incapacidad teórica, sino de falsedad, mala fe o mistificación deliberada al servicio de los monopolios de violencia y propaganda. Esta actitud responde a la necesidad que es la suya de reducir y ocultar la realidad fundamental, originaria, primaria, permanente y *constitutiva* de la violencia y el terrorismo de Estado. El “descubrimiento” de la realidad y las dimensiones de la violencia del imperialismo pondría en evidencia la inanidad del institucionalismo y los atentados como medios de oposición al orden político establecido y conservado por la guerra, la ocupación y el monopolio de la violencia. Colaboracionistas y cómplices armados y desarmados del imperialismo y el fascismo son, por eso, consecuentes adversarios de la libertad de expresión, información y crítica, que pondría en evidencia y haría imposible su empresa complementaria de embaucamiento sobre los pueblos.

Pero las masas, condicionadas, intoxicadas, aterrorizadas, social y mentalmente alienadas, no temen a la guerra, sino a los atentados individuales. Sólo los tontos y los hipócritas denuncian los atentados individuales mientras disimulan, justifican y practican la violencia y el terrorismo monopolistas de Estado sobre las masas y los pueblos. Los atentados individuales no son un problema estratégico, un peligro ni una amenaza para el imperialismo y el nuevo orden o desorden hegemónico mundial. Sus costes son muy inferiores a los de la producción y el transporte, que las poblaciones aceptan a diario, convenientemente condicionadas, anestesiadas y aleladas para ello. Son infinitamente más soportables que los de las guerras de verdad, imperialistas por uno o por ambos lados, que los gobiernos preparan, conducen y justifican con infamias y mentiras deliberadas, guerras que las mismas poblaciones arrostran con exaltación o resignación, según van las cosas. Sería ridículo comparar cuantitativa y cualitativamente los resultados respectivos, poner en parangón los atentados al lado de las guerras, la represión o los bombardeos de masa terroristas, convencionales o atómicos, que son el *fundamento* de la política y el derecho entre los Estados y han causado en una sólo hora y en un solo día cincuenta mil muertos militares o ciento sesenta mil civiles, con un balance final de sesenta millones de muertos en “sólo” dos guerras. A la vista y la escucha de la propaganda de las potencias hegemónicas, se diría que no han bombardeado nunca una población civil, hasta que les han tocado a la propia, y que los raids de Terror contra las poblaciones civiles de Abisinia, Manchuria, Durango, Gernika, Coventry, Londres, Dresde, Berlin, Hiroshima, Nagasaki, Yokohama, Tokio, Vietnam o Bagdad son leves daños colaterales al lado de las catastróficas consecuencias del “terrorismo individual”. El nuevo derecho internacional hegemónico prohíbe los atentados, pero no la guerra, justifica la guerra para combatir los atentados. Montarse una guerra y matar a cien mil personas en virtud de la autoproclamada “legítima defensa preventiva” contra atentados califica sin más la propaganda de las potencias dominantes. (Del mismo modo se justifica todavía la conquista del continente americano y la destrucción de las razas y las civilizaciones de veinte millones de autóctonos por el deber de acabar con los sacrificios humanos, ventajosamente sustituidos en la Europa cristiana quemando vivos a cuantos no lo tenían del todo claro respecto a la hipóstasis trinitaria o el movimiento del universo. El colonialismo moderno se justifica por la urgencia de terminar con la esclavitud, con la excisión o el burka, mediante la subyugación,

la explotación y la liquidación de los aborígenes, en virtud de la civilización y la doble moral cristiana de bondad, paz, amor y guerra a ultranza contra los débiles y los indefensos.)

Hablar de población civil, de daños colaterales, de blancos selectivos y bombardeos quirúrgicos, etc, es una hipócrita manera de ocultar la realidad. La población civil ha sido siempre objetivo directo de la violencia y el terrorismo y lo es cada vez más con la guerra total y el totalitarismo contemporáneos. Su vulnerabilidad, el efecto político y militar de los bombardeos terroristas de población, capaces de doblegar la moral y la voluntad de fuerzas que no se alcanza a reducir como objetivos militares, pero que soportan peor el sufrimiento y las víctimas de la retaguardia, hacen de la población civil blanco *preferente* de la guerra total. Lo que se niega, a veces con argumentos que, a juzgar por la práctica consiguiente, no convencen a los Estados terroristas, que sistemáticamente la practican. Más de la mitad de los cuarenta millones de muertos de la segunda guerra mundial fueron civiles, y los sufrimientos y el exterminio de las poblaciones civiles por hambre, frío y enfermedad exceden toda imaginación. La recalificación como fuerza militar de *toda* la población del Estado enemigo hace irrelevante la distinción, que depende de palabras y significados que se cambia y adapta a las necesidades de la propaganda, pues son combatientes, civiles o terroristas, los que el poder político califica como tales según le interesa. Las “leyes” internacionales protectoras no existen ni protegen a nadie, pues nadie las impone y los Estados las interpretan como les conviene.

Si la violencia en general es constitutiva de toda política y de todo derecho, la guerra y la ocupación, los despotismos, las dictaduras, el totalitarismo, el imperialismo y el fascismo no pueden prescindir del terrorismo como “elemento decisivo de la política“, si quieren reducir o liquidar la resistencia. Almas piadosas, idealistas o bien intencionadas han sostenido que el terrorismo, en la paz como en la guerra es más que inútil contraproducente, pues aumenta la resistencia. Tal vez han logrado persuadirse a sí mismas, los Estados no pierden el tiempo con tales iluminados. “La eficacia desgraciadamente indudable del terror” está demasiado comprobada para que los Estados, prescindan de él. Por el contrario, lo han llevado al nivel más elevado de realización como factor revolucionario y contra revolucionario de primera magnitud. Lo utilizan, de forma no temporal, ocasional, coyuntural o excepcional, sino permanente y sistemática, porque corresponde a sus objetivos y recursos, a las necesidades inherentes a su estructura de dominación. La tortura no es un procedimiento gratuito, ni simple o solamente medio de interrogatorio e investigación, instrumento de venganza, efecto de la crueldad y el sadismo de los esbirros que la practican. Es, ante todo, un elemento inestimable del terrorismo para doblegar y humillar física y moralmente a los pueblos que resisten a la opresión política. Sólo los hipócritas “condenan” la tortura apoyando a la vez el régimen de ocupación y colonización que la hace posible y necesaria.

Desde los tiempos heroicos del terrorismo individual o estatal, los Estados tratan de reducir el concepto común y tradicional de “terrorismo” para excluirse a sí mismos de su autoría, reducida a los pueblos y a todo movimiento de liberación, nacional en particular. Gracias a la nueva ideología y el nuevo derecho sobre “terrorismo”, los Estados desaparecen como autores del nuevo “terrorismo”. Si los Estados “no pueden” ser terroristas, por designación y definición constitutivas, no *pueden* causar víctimas del “terrorismo”, sólo pueden causar

víctimas del terrorismo los autores de atentados. Tras la llegada del nuevo desorden internacional del siglo XXI, los Estados se acusan mutuamente de apoyar, instigar, financiar el “terrorismo”, pero no de practicarlo por sí mismos. El consenso, la solidaridad de los gobiernos es tan amplio en esta materia que ni en caso de “guerra preventiva contra el terrorismo” tiene curso la imputación de terrorismo estatal. Pero es precisamente el terrorismo estatal el que preocupa a los pueblos que lo padecen.

El terrorismo de Estado, de todo signo, ha sido y será siempre incomparablemente más extensivo, activo y efectivo que los “atentados”, de otro modo no sería de Estado. Si los autores de atentados fueran lo que pretenden los monopolios de propaganda, serían el Estado, no autores de atentados. Los atentados sólo existen como correlativos de los monopolios de violencia, sin monopolios de violencia, no hay atentados. El terrorismo de Estado crea las condiciones sociales de opresión, subdesarrollo, frustración y desesperación que hacen posibles los atentados. Los atentados son una consecuencia, un síntoma, un efecto, un revelador, un reductor, una tapadera del problema político del imperialismo y el fascismo, una provocación, un medio para intensificar y un pretexto para disimular y justificar la represión y el terrorismo de Estado. Si acabar con los atentados fuera el fin prioritario y supremo de su política, (afirmación ya absurda de por sí), el imperialismo y el fascismo podrían unilateral e inmediatamente acabar con los atentados por la simple destrucción de su causa: el imperialismo y el fascismo. Pero no son los atentados el verdadero motivo y el verdadero objetivo de la represión y el terrorismo de Estado, sino los conflictos internacionales y la lucha de liberación de los pueblos contra el imperialismo, el colonialismo y el fascismo.

De virtud o delito secundario y accesorio, el “terrorismo” se ha convertido así en referente axial de la política y la ideología internacionales. Todo derecho se subordina a la guerra contra el llamado terrorismo, que no conoce límites territoriales, institucionales, sociales e internacionales de ninguna clase. Delitos y crímenes especiales, leyes especiales, policías especiales con poderes y tratamientos especiales, tribunales especiales, procedimientos especiales, penas especiales, armas especiales, implementan sin limitación el principio de especialidad reinante. Nada tienen de excepcional, de medidas provisionales o de urgencia, salvo para los colaboracionistas y cómplices que pretenden hacer creer que la legalidad democrática es el estado normal de la dominación fascista e imperialista. La política “antiterrorista” es una ley marcial o estado de sitio o de guerra permanente en una estrategia de guerra. Las fuerzas reales del Estado actúan directamente, sin las mediaciones, los frenos y las limitaciones que logros o ilusiones democráticos habían preconizado o establecido.

Los pueblos, pequeños o grandes, opresores u oprimidos, no han cobrado todavía conciencia de las implicaciones y las virtualidades de la nueva política “antiterrorista” de sus gobiernos. Con la “violencia” y el “terrorismo” como crimen fundamental y supremo, con la defensa contra el terrorismo como derecho fundamental, todos los derechos humanos y todos los crímenes fundamentales tradicionales desaparecen formal o realmente, actual o virtualmente, como tales. Todas las condiciones técnicas, políticas e ideológicas del terrorismo de Estado se encuentran así reunidas.

La distinción o la confusión de delitos “comunes o políticos” no afecta en nada al “terrorismo”, que ha saltado sin dificultad y en ambas direcciones de unos a otros y ahora, por su régimen especial, es exorbitante y fagocitante de ambos. ”Los crímenes de derecho común son aquellos cuya calificación no cambia, cualesquiera que sean las peripecias de la lucha entre los partidos.”. <La masse de la terminologie juridique s’est naturellement formée par simple incorporation ou modification du vocabulaire dit “commun”>, que se modifica a su vez en virtud de la fuerza de expansión e imposición propia del vector ideológico autoritario, que establece el supuesto sentido “correcto y verdadero” de las palabras. El vocabulario se modifica en la perspectiva represiva. Las imputaciones políticas de “anarquistas, comunistas y separatistas” se sustituyen por las “comunes” de “malhechores, sinvergüenzas, chulos, canallas, granujas, gentuza, basura, alimañas, psicópatas” etc. Las acusaciones políticas se complementan con las “mociones éticas”, (“ética” impresiona más al vulgo y farda más para los pedantes que “moral”, aunque ni unos ni otros saben de qué va la diferencia.)

Las ventajas que el “terrorismo” ofrece a la acción gubernamental son incomparables, tales que ninguna figura delictiva puede competir con él. Los derechos humanos fundamentales, las garantías constitucionales, legales, judiciales, procesales, penales, internacionales, tradicionales, por limitadas y precarias que fuesen, desaparecen ante él. Presión y represión se agravan y se extienden sin limitación.

<Teóricamente pierde importancia el fin político, sólo importa el medio, lo que facilita la alianza internacional.> El aforismo “el fin no justifica los medios” (de los demás), no ha convencido nunca a logicistas ni políticos. Ahora, los medios descalifican el fin, y el fin descalificado descalifica a su vez a los demás por simple analogía de fines.> En lugar de la designación y la calificación por el crimen y el criminal, son ahora la protección, la seguridad, la libertad de las personas y de los bienes las ideas determinantes.

Toda resistencia al poder establecido, toda opinión, omisión o reserva, todo derecho fundamental y todo individuo o grupo social, nacional, religioso pueden ser objetivo incriminatorio. Criterios super-extensivos de responsabilidad subjetiva u objetiva, individual o colectiva, de situación social, de analogía, de autoría, de complicidad, de acción y omisión, de finalidad, de resultado, de relación o conocimiento entre personas, de falta de denuncia, delación o condena moral, que alcanzaron destacada, (aunque comparativamente moderada), elaboración teórica y práctica a partir de los sistemas totalitarios de la anteguerra, liberan a los poderes estatales para identificar e incriminar, o no, a quien les convenga.

<Ideas vagas e indefinidas con palabras autoritarias como instrumento banal de la práctica jurídica y principal ocupación de sus agentes. “Tipos abiertos” y “leyes en blanco”. “Asociación de malhechores, vagos y maleantes”.> Una idea “loose” de terrorismo permite la incriminación, la persecución arbitraria de todo lo que se quiera. La eficacia kafkiana del terrorismo de Estado es *mayor* cuando la indeterminación, la arbitrariedad, la universalidad, la imprevisión de su eventualidad, son sus notas institucionales.

No cabe hacerse ilusiones, para el totalitarismo el objetivo no es descubrir ni fijar ni depurar culpabilidades y responsabilidades individuales, sino perseguir y debilitar la oposición actual

o virtual. Poco importa quién caiga ni porqué, la violencia y el Terror indiscriminados de masa destruyen la base social y modifican el comportamiento colectivo.

“Abandonada la cuestión a las luces y a la conciencia” bien conocidas de los jueces, la calificación de “terrorismo” se utiliza de preferencia en sustitución de los socorridos y más nefandos delitos comunes y políticos tradicionales de violencia, bandidaje, piratería, pillaje, asesinato, incendio y estragos, secuestro, subversión, sedición, insurgencia, rebelión, traición, anarquismo, separatismo, comunismo etc, calificaciones obsoletas, de rendimiento muy inferior. Los grandes terrores tradicionales de las clases dominantes ceden el paso y se engloban en el nuevo y superperformante hallazgo jurídico-ideológico.

Ni la Inquisición, ni el Tribunal de la sangre, ni el Comité de salud pública y el Tribunal revolucionario, ni el Tribunal popular soviético, ni la Ley de defensa de la República española, ni el macarthismo contaban con material incriminatorio comparable, en los tiempos en que tampoco se podía ya “ni hablar ni estar callado” sin sentirse amenazado o verse comprometido.

Una determinación, o indeterminación, libre, discrecional y arbitraria, provisional, variable y elástica convierte el delito de “terrorismo”, inflado, hipertrofiado y dopado por la emergencia del nuevo orden o desorden internacional, en delito virtualmente universal, supremo, único, total, absoluto, tentacular, del nuevo derecho hegemónico, por reducción, incorporación y asimilación de todos los demás.

El efecto de aspiración sobre los tipos legales tradicionales es irresistible, cómo no reemplazar los antiguos por uno nuevo que ofrece mucho mayores facilidades de calificación y procedimiento, simplicidad, efecto rápido, economía de tiempo y de dinero, superiores resultados. El método más eficaz sustituye irremediabilmente a los que no lo son o lo son menos. Incluso las querellas “privadas” se remiten a él, como ha ocurrido siempre en los períodos agitados de revoluciones y contrarrevoluciones.

“Violencia y terrorismo” significan y son, por designación y definición variables y constitutivas, lo que al poder político le conviene, en cada caso, que signifiquen y sean violencia y terrorismo, lo que en cada caso las supremas instancias de violencia y terrorismo deciden que son y se llama violencia y terrorismo. Por definición constitutiva “es terrorismo lo que hacen nuestros enemigos”. Con lo cual está de más toda constatación o verificación sobre el comportamiento de estos.